

Javier Gomá Lanzón (Dir.)

Ganarse la vida

en el arte, la literatura y la música

Francisco Calvo Serraller

Juan José Carreras

Antonio Gallego

José-Carlos Mainer

Joan Oleza

Alejandro Vergara Sharp

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

INTRODUCCIÓN

Los humanos no somos como el resto de los mamíferos. Vemos cómo las crías de los animales, nada más nacer, ya porfían por ponerse en pie y sostenerse sobre sus frágiles y temblorosas patas y cómo, no tardando mucho, corretean llenas de vida por un suelo que acaban de estrenar, cuando solo hace unos días o quizá horas aún habitaban el vientre acuático de su madre. La raza humana, en cambio, necesita años para alcanzar una autonomía semejante. Es como si entre nosotros el periodo de gestación se prolongara más allá de los nueve meses de embarazo y el parto señalara solo el fin del enclaustramiento pero no el de la dependencia del niño, el cual, una vez nacido, queda en un estado de indefensión extrema y reclama no menos sino más cuidados que antes para sobrevivir.

La educación es el proceso por medio del cual la sociedad transforma a ese ser humano indefenso y dependiente en un ciudadano autónomo. Y esto incluye desde luego su crecimiento y el sano desenvolvimiento de las funciones corporales hasta su maduración. Pero junto a estas tareas elementales de alimentación y vigilancia, orientadas principalmente a ayudar a que la naturaleza haga su trabajo, la educación sobre todo tiene el objetivo de producir ciudadanos con capacidades suficientes para valerse por sí mismo en sociedad y para proporcionarse los medios necesarios para subsistir de modo independiente, a lo que debe añadirse la ausencia de tuteladas morales cuando lleguen a la mayoría de edad, momento en el que idealmente se habrán formado una conciencia propia, dueña de sus pensamientos y de sus

sentimientos. La obligación y la responsabilidad del auténtico educador es operar sobre las tendencias naturales del pupilo para crear en él una *segunda naturaleza* –la cultura– que lo transforme en individuo emancipado y crítico con todo y con todos, y muy en particular con respecto a quienes le tutelaron mientras era niño.

El proceso de socialización del yo incluye una especialización doble: la del oficio y la del corazón (producción y reproducción). Por un lado, la mayoría de los hombres y de las mujeres, tarde o temprano, se enamoran y, en compañía de la persona amada, *fundan una casa*. Pero, por otro lado, tanto para fundar una casa como, más genéricamente, para ser independiente, es requisito necesario integrarse en la economía productiva de la sociedad y realizar en ella una labor que esta estime y remunere. Acertar a encontrar una ocupación pagada, dentro del gran sistema de oficios y profesiones organizado en cada sociedad, es lo que usualmente se designa como *ganarse la vida*.

Hay, pues, un momento en que el joven ha de emanciparse mental y materialmente de sus padres y arriesgarse a salir al mundo para ganarse la vida con esfuerzo. La figura del profesional competente que desempeña su especialidad de forma experta y eficaz, prestando con su trabajo bien hecho un servicio útil a la sociedad, es la personificación más acabada del hombre que sabe ganarse la vida.

Desde el Romanticismo la cultura occidental ha cubierto de desprestigio la descrita doble especialización, tanto la del oficio como la del corazón, juzgándola un estorbo alienante para un yo en permanente expansión. La cultura moderna presenta por eso concomitancias con la edad adolescente del hombre, previa a la socialización inevitable. Como haría un adolescente rebelde, se recrea una y otra vez en el amor sentimental y romántico en detrimento del amor ético que funda una casa, menospreciado por su exceso de ataduras. Y, por otra parte, concentra en el hombre competente su odio más exquisito, porque en la persona de ese burgués gastado en los menesteres del oficio ve el compendio exacto de la

vulgaridad moral y estética que aborrece. Esta perspectiva ilumina la causa de la honda incomprensión de nuestra cultura hacia el antiguo imperativo de ganarse la vida. Este imperativo lo pronuncian la voz de los educadores, de la sociedad o incluso de la religión institucionalizada, pero no la voz interior del individuo moderno, quien se siente llamado a vivir exclusivamente de acuerdo consigo mismo y desdeña las actividades del filisteo afanado en sus negocios.

En abierta oposición a las tendencias generales de la cultura contemporánea, en *Aquiles en el gineceo* defendí la tesis del carácter constitutivo de la doble especialización en la formación del individuo. En el camino de la vida del hombre se produce siempre una progresión desde el estadio estético-adolescente hacia el estadio ético de la madurez, signado este por la casa y el oficio. El proceso formativo se completa solo cuando el yo, al integrarse en la comunidad política, halla en su socialización –en la profesión y la persona amada libremente elegidas– los elementos de su individualidad más personal. De manera que, en suma, la solicitud por ganarse la vida no estorba la realización del propio yo sino, al contrario, es su condición de posibilidad.

Para un mayor desarrollo y justificación de esa tesis, aquí solo insinuada, me remito al libro mencionado. Me permitiré una sola cita que pone en relación la obtención de la individualidad con la aceptación de la propia condición mortal del hombre, lo que, en dicho libro –subtitulado *Aprender a ser mortal*–, solo acontece en el momento de socialización, pues, como se lee en su introducción, «toda experiencia efectiva de la mortalidad es esencialmente política». La cita dice así:

Al especializarse, el sujeto profesionalizado adquiere una posición social y con ella una identidad. Por tanto, al ganarse la vida, el sujeto no sólo conserva biológicamente su vida sino que se le proporciona un nuevo sentido de pertenencia a un todo social que equivale para el yo a una vuelta a la objetividad perdida. Sin embargo, se trata de una objetividad conscientemente adoptada, ganada después de la escisión subjetivista del

yo. En la *polis* masificada, donde cada conciencia autodivinizada convive con un número inabarcable de otras conciencias iguales, el propio yo se hace insustancial, prácticamente invisible para los demás, hasta el punto de que incluso su final desaparición pasa desapercibida a la mayoría. Ese yo en estado de máxima conciencia experimenta allí su esencial finitud y comprende que aquél que, para ganarse la vida, *tenía y daba tiempo, es él mismo temporalidad*. Sólo el hombre es tiempo porque sólo él, entre todos los entes dados, es individuo finito, en contraste con la roca o con un dios. Y en esto reside la autenticidad de la existencia, en llegar a ser el que uno es. En el trance de ganarse la vida, el sujeto alcanza, en fin, como ser-de-vida-corta, la posibilidad de su individualidad más propia.¹

Al integrarnos en la *polis* y «politizarnos», nos recibimos como identidades mortales y con ello obtenemos el sello de nuestra individualidad, el que configura nuestro yo más exclusivo. El modo en que cada uno se gana la vida no es, por consiguiente, una circunstancia trivial, exterior o poco significativa de la personalidad humana, sino una de las determinaciones esenciales en la formación del individuo, algo así como su ley individual. Y si este principio es cierto para todos los hombres, rige con particular intensidad en los artistas y creadores. Porque el modo en que los novelistas, los pintores o los músicos obtienen los medios para subsistir en la organización social condiciona directamente su vida y su mundo interior y, por consiguiente, también las obras de arte que son expresión de ese mundo.

Cuando escribí el artículo «Ganarse la vida», deseaba completar lo que, en un enunciado más general, había defendido en el libro aplicándolo específicamente a los creadores. Censuraba la limitada perspectiva de aquellas historias de la cultura que estudian las obras de arte como una cadena de influencias entre escuelas, títulos y nombres, que in-

1. *Aquiles en el gineceo, o aprender a ser mortal*, Valencia, Pre-Textos, 2007, pp. 114-115.

forman quizá también de algunos datos de la biografía de sus autores, como su nacimiento y su educación, volcándose enseguida en los hechos salientes de su carrera artística, y que, en el mejor de los casos, como concesión graciosa, dan alguna noticia sobre sus amores románticos. Analizar las fuentes de ingresos económicos de los artistas y su modo de subsistencia pareciera demasiado prosaico o sórdido para el fino académico en comparación con la excelencia de sus logros artísticos. En contraste, el artículo, por las razones anticipadas, aboga por una historia del arte, de la literatura y de la música que privilegie este punto de vista –material, moral y, en último término, ontológico– frente a los tradicionales, más puramente poéticos, literarios o artísticos.

Se reproduce a continuación el artículo periodístico, publicado en *Babelia*, suplemento literario del diario *El País*, el 20 de marzo de 2010, con el título «Ganarse la vida»:

La locución «ganarse la vida» indica que la vida no es un regalo. Soñamos, sí, con una «vida regalada», pero en la inmensa mayoría de los casos pesa sobre nosotros la obligación de trabajar para lograr una posición en el mundo. Durante algunos años, la infancia y la adolescencia, vivimos en una situación de ociosidad subvencionada por los padres, por el Estado. Pero la educación que recibimos tiene la finalidad de hacernos autónomos, dotarnos de los instrumentos para valernos por nosotros mismos. Ésa es la paradoja que sienten los padres cuando de verdad se comprometen en la formación de sus hijos: su extraña misión consiste en crear individuos distintos de ellos, independientes. Sabemos que hoy a la juventud le resulta difícil y costoso obtener ingresos para pagar esa independencia –piso, alimentos, ocio– y eso explica actitudes dilatorias que prorrojan la permanencia en el hogar familiar y que permiten a esa juventud la aplicación de todos sus medios económicos a la última de las partidas (el ocio), compatible a menudo con una reclamación de libertad sin límites en lo tocante a los estilos de vida, no sólo independientes sino muchas veces contrapuestos a los de los padres subvencionadores de las otras dos partidas

(piso, alimentos). Pero hay también que reconocer que el imperativo de «ganarse la vida» y de desarrollar alguna especialización profesional ha carecido, desde el Romanticismo a esta parte, de todo prestigio cultural y moral. El Romanticismo nos ha legado al menos dos duraderos errores: el primero, comprender la subjetividad según el modelo del artista; y segundo, comprender al artista según el modelo del genio. El resultado es la extendida creencia de que el verdadero hombre es aquel que, como el genio, vive exclusivamente para su propio mundo y sus necesidades interiores. En consecuencia, el modo de ganarse la vida se le antoja a este sujeto moderno –artista genial en potencia– algo enojoso, indigno de él, un accidente de la vulgar exterioridad ajena a su mundo. Si abandona su vida regalada, será sin convicción y forzado por razones meramente utilitarias, mezquinas, cuyos detalles velará por pudor.

Mi tesis, que he desarrollado en otro lugar, es que el modo que en uno se gana la vida y –tan importante como lo primero– la disposición positiva o negativa, de conformidad, rebeldía o resentimiento respecto al deber de ganársela y el medio elegido por cada uno para hacerlo, dentro de las limitadas posibilidades que la sociedad le ofrece, determina esencialmente en el hombre la constitución de su personalidad y de su mundo interior.

Los manuales de historia de la literatura, de la filosofía, del arte o de la música presuponen generalmente la tesis contraria, la romántica. Tras una rápida y vergonzante nota alusiva a las circunstancias biográficas del autor, en la que es mucho más fácil conocer sus amoríos y aventuras eróticas, generalmente extramatrimoniales, que el modo como se ganaron la vida, esas historias se sumergen apresuradamente en el estudio de su obra y su mundo artístico. Se diría que en ellas los movimientos filosóficos, las escuelas literarias, los estilos artísticos se suceden conforme a leyes espirituales inmanentes, y que los creadores flotan en un *continuum* cultural, sin que el modo en que se ganan la vida tenga una aparente influencia en su personalidad y en su obra. El análisis marxista trajo en su día un saludable realismo a los estudios culturales, pero fue miope al imperativo existencial y moral involucrado en la decisión sobre

cómo «ganarse la vida» porque, conforme a su método, diluía lo individual del mundo poético en ideología de clase.

¿De verdad es indiferente para la comprensión de las obras maestras de nuestra cultura que durante siglos los creadores las produjeran por encargo de la Corona, las Casas nobles, la Iglesia o las instituciones municipales? ¿Qué significado existencial y artístico atribuimos a que Beethoven se sacudiera el viejo mecenazgo y tratara de ganarse la vida con los ingresos producidos por la venta de sus partituras y de sus estrenos, o que los impresionistas franceses hicieran lo propio poco después con sus lienzos? ¿Qué es la bohemia de Baudelaire sino una toma de postura sobre cómo debe el artista moderno ganarse la vida? ¿Es irrelevante para su creación que el artista pueda permitirse vivir de las rentas heredadas (Lord Byron, Tolstoi), se case con una mujer que las tenga (Thomas Mann) o se las cedan admiradoras (Rilke), o que, por el contrario, se vea obligado a desarrollar una actividad productiva, socialmente pautada y no orientada al cultivo de su mundo interior? ¿Carece de importancia estética que esa actividad sea el objeto mismo de su vocación, como, para el novelista, escribir libros o folletines de consumo masivo (Balzac, Dickens), de cuyo éxito depende enteramente su subsistencia? ¿O que, no pudiendo vivir sólo de su arte, funja de hombre de letras en los periódicos, las revistas literarias o las editoriales (T. S. Eliot)? ¿O que, fuera del ámbito cultural, acceda de grado o por fuerza a emplearse como alto ejecutivo de una empresa (Gil de Biedma) o como técnico competente en ella (Kafka), o sea él mismo un empresario emprendedor (Charles Ives) o un funcionario público, de la Universidad (la inmensa mayoría de los filósofos contemporáneos) o del servicio diplomático (Claudel, Neruda)?

Yo leería con avidez –y creo que proyectaría nueva luz sobre el fenómeno creativo– una historia de la cultura desde la perspectiva de cómo se ganaron la vida poetas, novelistas, dramaturgos, pintores, filósofos y músicos, y de su propia disposición íntima de identificación o rechazo hacia el modo elegido o impuesto de hacerlo, que incluyera extensas y minuciosas precisiones sobre cómo ambos aspectos –modo y disposición inte-

rior—determinaron el tipo de hombre que el artista en último término es, y cómo contribuyeron decisivamente a conformar su mentalidad, su sentimentalidad y, en suma, su mundo personal. La usual exposición de un resumen de sus obras, su contexto y la cadena de influencias entre creadores sería aquí secundaria.

Nada más publicarse, quizá el mismo día, María Cifuentes, con su habitual diligencia y rápidos reflejos, me llamó para proponerme ampliar a la extensión de un libro los argumentos esbozados en el artículo. «Tú sabes que aquí hay un libro», recuerdo que dijo. Fue una feliz coincidencia que, en paralelo y con análoga eficacia, Lucía Franco, directora del programa de conferencias de la Fundación Juan March, me llamara también con la idea de organizar en esta un ciclo sobre el asunto planteado en el repetido artículo, que lo había leído por su cuenta. Y eso fue lo acordado entre todas las partes: seis conferencias que conformarían los respectivos capítulos del futuro libro publicado por Galaxia Gutenberg—sin mi participación, limitada al presente prólogo—, y estructuradas con arreglo al siguiente formato: tres intervenciones tocarían la historia y la tipología de los modos de ganarse la vida por parte de los creadores en los dominios del arte, la literatura y la música, y otras tres desarrollarían otros tantos estudios de caso.

Y como fue ideado, así fue ejecutado. Durante el mes de marzo de 2011, en el salón de actos de la Fundación Juan March, ante un público numeroso, martes y jueves sucesivos, como es tradicional en esta casa, se pronunciaron las conferencias previstas. Conforme a ese esquema binario de aproximación general y análisis de un ejemplo concreto, Francisco Calvo Serraller, José-Carlos Mainer y Antonio Gallego disertaron sobre cómo ganarse la vida en el arte, la literatura y la música respectivamente; Alejandro Vergara presentó el caso de Rubens, Juan Oleza el de Blasco Ibáñez y Juan José Carreras el de Beethoven.

Lo que sigue son, con pequeñas variaciones, los textos

leídos en las conferencias. Debo aclarar que a todos los conferenciantes se les envió, como no podía ser de otra manera, el texto del artículo publicado en *Babelia*, pero eso no quiere decir necesariamente, aunque nada me hayan precisado al respecto, que estén conformes con todo lo expuesto en él ni con los argumentos desarrollados en *Aquiles en el gineceo* y resumidos en esta introducción.

Sí deseo que conste, en todo caso, mi gratitud a todos ellos por su disponibilidad a formar parte de este proyecto y mi admiración por el resultado.

JAVIER GOMÁ LANZÓN

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S. L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S. A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: febrero 2012

© Fundación Juan March, 2012
© Galaxia Gutenberg, S. L., 2012
© para la edición club, Círculo de Lectores, S. A., 2012

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Depósito legal: B-3.641-2012
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-4865-4
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-962-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)